

# Navidad que con dulce cantar

*Chema Berro*

*Militante sindicalista.*

*Miembro del Instituto E. Mounier.*

**D**esde la izquierda se ha hecho un canto a todo lo lúdico y festivo. En su apuesta por una libertad expansiva y vitalista, cualquier celebración era celebrada: fiestas de nueva creación o de recuperación de tradiciones (muchas veces inexistentes) han contado siempre con el apoyo incondicional de la izquierda.

Se suma a ello la adoración-dependencia que la izquierda siente por la juventud. Esta es, por naturaleza, protagonista y destinataria de la fiesta, y la izquierda, que apuesta por una juventud que hace tiempo le ha dado la espalda, canta a la fiesta como una forma más de ese canto-adulación de lo juvenil. Carnavales, fiestas del gallo, del burro o de la paloma, fiestas patronales, del solsticio o del equinoccio, ..., todas han tenido un democrático reverdecimiento que ha contado con el apoyo claro de la izquierda.

Pero existe una excepción: las Navidades, fiesta denostada por la izquierda, llena de hipocresías, consumista, etc., un perfecto contravalor. No hay grupo de izquierdas que en Navidades resista la tentación de hablarnos contra el consumo desahogado, contra la hipocresía de «los buenos sentimientos», contra la propia celebración de una sociedad que «tiene muy poco que celebrar». Un discurso que pudiera ser aplicado

con igual o mayor motivo al sábado noche o a cualquier fiesta, pero que se reserva en exclusiva para la Navidad.

La frase: «la Navidad me pone triste», se escucha a menudo y más frecuentemente en los ambientes izquierdistas. Algo especial debe tener la Navidad. Y es que, cualquier celebración es dura excepto aquellas que han reducido la fiesta a pura evasión, la mayoría. La Navidad, todavía no reducida al carácter evasivo de la fiesta, se hace dura.

La Navidad a la que estamos acostumbrados, recoge diversos elementos culturales y ha salvado en su ruptura de la normalidad, por lo menos en parte y hasta la actualidad, su carácter festivo completo, de unión de complementarios, que le dan ese carácter de duraza difícilmente vivible por el actual individuo escindido, del que el izquierdista de la actualidad puede considerarse modelo.

El año que muere da lugar al Año Nuevo. El sol, que se encuentra en su punto más bajo, precisamente por eso, inicia su ascensión y resurgimiento. Y la fiesta lleva ese doble componente del canto a la vida, que no puede hacerse sino en la cercanía de la muerte, su contrapunto, en contacto con ella.

Hay una ruptura de la monotonía para pasar a la excepcionalidad,

que constituye la esencia de toda fiesta. Nuestros días, todos iguales, son diferentes porque se van cumpliendo en el ciclo anual. Y el ciclo anual, que en su sucesión recupera la monotonía de lo cotidiano, en su cumplimiento nos remite a nuestro ciclo vital, a nuestra propia muerte y aún a ciclos superiores.

La fiesta nos enfrenta a una realidad total que en la rutina cotidiana conseguimos eludir. La celebración del fin del ciclo anual nos hace presente el paso del tiempo, de los días y los años, de nosotros mismos, haciendo patente nuestro carácter de eslabones de encadenamientos más generales en los que participan tanto los que ya cumplieron su ciclo como los que están iniciándose en él.

Hasta al niño que lo tiene todo por vivir, se le hace presente que ha de morir, y consigue, a su medida, esa integración de vida y muerte. Hay, por tanto, una recuperación mayor de su propia totalidad, escindida en la vida cotidiana, Y hay también un intento de recuperación de sentido, aunque sólo sea por remisión del sinsentido a ese encadenamiento más general.

Por eso la fiesta, la celebración, es buen momento para la transmisión, y de modo especial para la transmisión generacional. El individuo se pone en situación de una visión más total de sí mis-

mo y de los demás, lo que predispone a alcanzar niveles superiores de comprensión y comunicación.

Pero ninguna celebración se presenta pura, sino acompañada de numerosos elementos añadidos. Cada situación requiere su ambiente adecuado, su contexto físico y la parafernalia en la que apoyarse y que predisponga nuestro ánimo. El ambiente de un velatorio es radicalmente distinto al de un miting: luces, cánticos, pancartas, banderas, ...

La ruptura de la normalidad y puesta en situación de excepcionalidad a que nos invita el fin del ciclo anual también se refuerza con elementos externos añadidos: comida y bebida extras, adornos característicos, luces de colores, ... todo nos recuerda esa situación especial y nos ayuda a entrar en ella. Sirven, además, para que esa excepcionalidad se haga colectiva y social, en una especie de contagio ambiental.

No hay celebración sin contagio, sin esa especie de estado de ánimo colectivo que emana de ella y la sobrenada, la envuelve abarcándonos y convirtiéndose en ambiente colectivo. Ese contagio, esa puesta en sintonía común, es una invitación a la apertura a los demás, a recogerles y hacerles partícipes en la celebración.

Y en ese deseo de apertura topamos con los que tienen las condiciones más crudas para la celebración: los que sufren, los necesitados, los que son víctimas de

las numerosas situaciones de injusticia, en las que, además, nos cabe alguna culpabilidad.

Con ello, las contradicciones a que está sometida nuestra vida diaria, se hacen más patentes para todos. Lo que en la vida diaria conseguimos mantener dormido, despierta en esa situación excepcional. Y nuevamente aparece así el carácter contradictorio pero positivo de la fiesta, que nos enfrenta a nuestra realidad aunque sea momentáneamente y que nos obliga a mantener unidas las alegrías y las tristezas.

Precisamente si en otro tipo de fiestas no nos asalta esa complejidad de sentimientos y estados de ánimo, es porque están reducidas a pura evasión. También en ellas el consumo se exacerba y las desigualdades e injusticias se hacen patentes, pero su patentización muere por el carácter abotargador, puramente evasivo, de la mayoría de las celebraciones festivas.

Es cierto que en las Navidades el consumo se extralimita. Pero también es cierto que, por lo menos hasta nuestros días, ese plus de consumo ha estado acompañado por un plus de trabajo y de cariño en su preparación. Sólo muy recientemente la celebración de la Navidad está entrando en el consumismo puro, externalizado, y en los cauces que el sistema establece para apropiárselo. Con todo, todavía no es tan generalizado, no comparable a lo que ocurre en otras fiestas.

Es cierto también que los «buenos sentimientos» que alimenta la Navidad son algo insuficiente, manipulable y poco duradero. Pero también es verdad que son una condición previa necesaria para algo más sólido en el orden de las ideas y de las actitudes, y que siempre que no sean reducidas al puro sentimentalismo son un buen caldo de cultivo para ellas.

Por eso, pese al consumismo desaforado, del que hay que tratar de escapar siempre, también en Navidad, y pese al riesgo del sentimentalismo vano y efímero, hay que dejar claro que el tratar de evitar esos riesgos no puede hacerse a costa de la celebración de la fiesta que mejor guarda, o menos ha perdido, el carácter completo e integrador de cualquier fiesta, su carácter de excepcionalidad, de resumen de alegría y sufrimiento, de hacer patente nuestra totalidad y de ponernos, aunque sólo sea un poco, en esa situación límite que le acompaña y de la que escapamos con la rutina cotidiana.

Nada tiene de extraño que Dios nazca en Navidad. Incluso la preparación de ese nacimiento puede muy bien ser la culminación de todo su sentido. Tampoco tiene nada de extraño que la Navidad nos incomode, y el que lo haga de una forma especial a una izquierda como la actual, cada día más vacía e incapaz de enfrentarse a sí misma. **A**